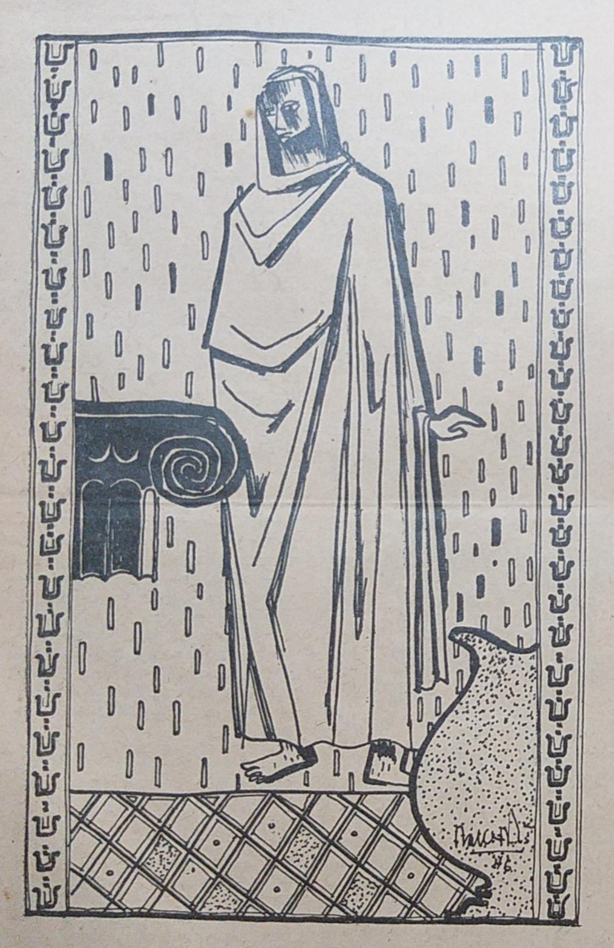
BALCON



POR UNA NUEVA POLITICA

Adecuar, interpretar políticamente una realidad histórica dada, no quiere decir copiarla, plegarse servilmente a ella. Si de copia servil se tratase, claro que aquí, en la Argentina, seríamos, tendríamos que ser, una democracia política, ya que la realidad histórico-social de nuestro país —y en general la de América toda— es de esencia igualitaria. América es una democracia social.

Pero la política —el arte político— hállase, como el arte en general respecto a la obra concreta, en una relación de autonomía respecto del hecho histórico dado, cuya realidad trata, la política, de informar.

Repárese que la historia de América ha sido, a lo largo de las centurias coloniales, un intento —y no interesa ahora señalar sus deficiencias de hecho— de configurar una realidad histórica nueva según los cánones y modos políticos y culturales del viejo mundo. Tal es, quiérase o no, nuestra tradición. Nótese, también, que la brusca quiebra de la empresa cultural española en América, acontece en el preciso momento en que a la vieja Europa aristocrática va a suceder la Europa nueva de la democracia liberal. Pero tal cambio acontecido en Occidente venía a efectuarse en una añeja sociedad cuya estructura más íntima y profunda era jerárquica y aristocrática. Los usos y modos sociales europeos —y no importa que de tiempo atrás viniesen aflojando— eran lo opuesto de las nuevas formas democráticas que el siglo XIX impondría en el mundo. En América, en cambio, no sólo el medio social carecía aún de las estructuras rígidas y firmemente asentadas de Europa, sino que desde sus orígenes la realidad americana presentaba modos y estilo igualitarios de vida. Y no se nos salga para probar lo contrario, con la tontería de que en América hubieron esclavos, encomiendas, etc., pues lo que aquí sostenemos no es que en el nuevo continente existiese una democracia política, sino que decimos algo mucho más profundo y grave, esto es, que la disposición psicológica de la vida americana era espontáneamente igualitaria y antijerárquica. De ahí que sobrevenido en el mundo el auge democrático, las nuevas formas políticas semejaron adecuarse a América como anillo al dedo. La llamada influencia de América sobre Europa data de entonces. Saludada la democracia liberal por los europeos como el sumo y ABSOLUTO bien político, era natural que admirasen una América que con tanto énfasis y tan dócilmente abrazaba las nuevas ideas. Pero tal estado de ánimo, tal euforia racionalista, no pudo, claro está, durar mucho. Duró, vivió, según ya se dijo en editoriales anteriores, mientras la realidad americana —la argentina sobre todo—, en buena disposición de crecimiento y expansión, pudo mal que bien desentenderse, en los hechos, de la letra democrática. Mas, cuando, después de la guerra del catorce, sobrevino la primera crisis mundial y nuestra realidad social, como tal realidad, había ya dado toda su medida, el armatoste democrático pudo ser visto en toda su artificial existencia. Con ese motivo, púsose de manifiesto para no pocos argentinos el siguiente hecho paradojal: que la democracia POLÍTICA no marchaba entre nosotros debido a que, precisamente, la REALIDAD SOCIAL argentina —americana— era de por si democrática, igualitaria. El fracaso, pues, de nuestros ideólogos liberales, provenía de que quisieron ser, EN POLÍTICA, más papistas que el Papa.

Ahora bien, y a esto queríamos llegar, alrededor de 1930 hacen su aparición en la vida pública argentina las fuerzas, o mejor, las ideas designadas bajo el rótulo común de NACIONALISMO. Como suele acontecer con todo rótulo, tal denominación dice menos y más de lo que pretende designar. Muy complejo y rico es el haz ideológico que en la fecha indicada comienza a circular entre nosotros. Vistas tales ideas desde la perspectiva actual, se advierte que forman parte de ellas influencias, personas y grupos de personas, a los cuales no se había incluído en un primer momento. Pero tal discriminación, que habrá que llevar a cabo muy pronto, no hace a nuestro propósito de hoy.

Interesa, en cambio, señalar nítidamente que en el punto de partida denominado nacionalista estuvo, y en su esencia verdadera lo sigue

S U M A R I O

BALCON: *POR UNA NUEVA POLITICA.* — CARLOS A. DISANDRO: *ARBOLES.* — JUAN MARTIN: *PARA UN ESTUDIO DE LA COMUNIDAD NACIONAL.* — TOMAS DE LARA: *EL SANTO ESPIRITU DE LA DISCIPLINA.* — EMILIO LLORENS: *DIVISAS Y FERROCARRILES.* — JOSE MARIA DE ESTRADA: *LAS COSAS Y SU PERSPECTIVA.* — GUSTAVO A. SARRIA: *AL ALGARROBO.* — CLEMENTE ESPEJO: *MIRILLA.* — J. A. C.: *IZQUIERDISMO.* — L. M. M. G.: *LIBROS.* — *UNA CARTA DE GARRIGOU-LAGRANGE.* — *DISCURSO DEL ARZOBISPO DE CARDIFF.* — *REUNION DE JUVENTUD.* — JUAN ANTONIO BALLESTER PEÑA (h.): *DIBUJOS PARA TAPICES.*

PARA UN ESTUDIO DE LA COMUNIDAD NACIONAL

I) *Esquema histórico político*

A) Antes de 1810, la organización social, salpicada de defectos, errores e injusticias, se mostraba no obstante en sus líneas generales encuadrada en las leyes naturales, y apta para conservar y desarrollar la comunidad social, cultural y nacional existente. Era susceptible de perfeccionarse a partir de sus propios principios. Comprendía una sociedad unida y sana. Hacia el final de este período despunta un pequeño grupo de intelectuales, influenciados por la Enciclopedia y la Revolución de 1789, cuya prédica por la presión del medio se muestra moderada y en general contemporizadora. Es la época de la muy noble y muy leal Ciudad de Buenos Aires.

B) *1810-1853*: Cuarenta y tres años de luchas, por la emancipación primero y luego civiles. Un país que desde el primer momento aparece dividido entre una minoría de "utópicos", "ilustrados", que desean transformarlo íntegramente para adecuarlo a su idea liberal; y una mayoría en general ignorante, apegada a sus costumbres y rutinas. Los primeros, unitarios, extranjerizantes y anticlericales quieren hacer una revolución doctrinaria. Los segundos, creyentes y xenófobos, aceptan la Revolución sólo en el plano del gobierno, que se desplaza hacia los criollos. Antidoctrinarios, se sienten expresados por los caudillos. Los primeros inventan leyes e instituciones. Los segundos se apegan a los hombres. Para los primeros la patria es una idea que debe realizarse, y una idea tomada de la filosofía del siglo XVIII, y la política y economía del siglo XIX. Para los segundos la patria es una realidad: territorio, creencias y costumbres, a defender. Los primeros quiebran la Tradición; los segundos se estancan en ella. Signo de la época, la lucha entre unitarios y federales.

C) *1853-1916*: Con el triunfo de la "ilustración", comienza el dominio del "despotismo ilustrado". Se liberaliza al país en lo religioso, en lo cultural, en lo económico. Enseñanza laica, aniquilamiento de la influencia social de la Iglesia, libre cambio, inmigración en gran escala, ferrocarriles. La política en cambio aparece como el patrimonio de un círculo o clase. Se invoca de continuo al pueblo pero sólo como a un ente abstracto, no al real y sufriente, hacia el cual no se vuelca el interés ni la acción de los doctrinarios. Se difunde una enseñanza enciclopédica, carente de alma y virtud formativa. La clase gobernante vive con los ojos clavados en el extranjero —Inglaterra, Francia, E.E. U.U.—, de donde se copian las leyes. Cambia la fisonomía del país. Se engrandece Buenos Aires, centro portuario e importador, con desmedro de los centros de vida económica del interior. De aquí las aprensiones entre porteños y provincianos que colorean buena parte del período y que responden a hechos y aprensiones realísimas, pero que no trascienden en distintas concepciones ideológicas. Todos los políticos, menos una ínfima minoría de católicos, se reclaman liberales y progresistas. En 1853 la Iglesia alcanzó un "statu quo", que luego permanece sólo en letra, pero se arrolla en los hechos. Signo de la época, la lucha entre Mitre y Roca.

D) *1916-1930*: Un deseo sincero y dos resentimientos, abren camino a una nueva fuerza política. El deseo sincero en muchos de practicar la democracia, acabando con el régimen del "despotismo ilustrado". El resentimiento de los grupos criollos y populares que se sienten desplazados y menospreciados. El resentimiento de los hijos de inmigrantes que con sólida posición económica y muchas veces con grado profesional, no alcanzan posiciones sociales y políticas, siendo considerados "advenedizos". Toda esta masa se mueve por reacciones sentimentales, perdurando también la adhesión al "caudillo". Sus dirigentes, cuando deben expresarse ideológicamente aceptan no obstante la temática liberal, única por lo demás viva en el ambiente. No están indispuestos contra los valores religiosos y los genuinamente patrióticos, pero su alcance cabal se les escapa. Son casi siempre creyentes sin teología ni dogma, y políticos sin programa. Su advenimiento al poder se produce con la ley Sáenz Peña. Desplazan buena parte de las influencias y costumbres políticas anteriores, dejando en cambio subsistentes las estructuras económicas liberales y capitalistas. Halagan, más que benefician los estratos sociales inferiores. Como pieza de engranaje político descuella en este período el "doctor" —médico o abogado— de estrecha formación profesional y escaso conocimiento de los hombres. Desciende el nivel cultural al perderse el auténtico sentido religioso que unificaba y daba sentido a las vidas. Se divorcian las clases sociales ignorándose y odiándose. Pierde la clase elevada todo sentido de "servicio social", como en la Francia de Luis Felipe y Napoleón III, vuelve en gran parte su actividad al plano económico individual o abandona el país en busca de ambientes refinados. Pierde la clase trabajadora toda idea de "jerarquía" social. Aparecen en escena la naciente industria, los proletarios y el movimiento socialista violentamente anticlerical y antipatriótico. Es la época del radicalismo, H. Irigoyen y los "doctores".



E) *1930-1943*: Errores políticos accidentales favorecen un estallido revolucionario, que el "despotismo ilustrado" u oligarquía, ya desmedrado, y privado de sus mejores virtudes aprovecha para el desquite. Epoca del fraude, la mentira y los "negociados". Subsiste la actitud extranjerizante en el elenco gubernativo. Se acentúa la industrialización del país y se agravan los problemas sociales, resentimiento proletario, denatalidad, falta de cultura e ideales. El gobierno no afronta estos problemas. La Bolsa de Comercio de Buenos Aires parecería ser el pulso del país. Las influencias extranjeras insinuadas en períodos anteriores gravitan poderosamente en el campo cultural y económico y por reflejo en el político. No se rescatan de manos extranjeras los servicios públicos más importantes, se prorrogan sus concesiones con beneficios que enfeudan el país. Se intenta desde fuera y a través del panamericanismo incluir al país en la órbita de la gran potencia del Norte.

Se manifiesta como reacción y como incipiente fuerza política el Nacionalismo. Crítica con agudeza y desenfado las tesis liberales. No desdeña en su prédica la posibilidad del uso de la violencia y el saltar por sobre los moldes legales, lo que escandaliza a vastos sectores fervientemente apegados al culto de las formas jurídicas; pregona la dictadura como remedio político y trata de entroncarse a través de la afirmación de muchos de sus adherentes con el rosismo. Defiende los valores nacionales, que tiende a exaltar e interpretar. La unidad de este movimiento nace más de su aspecto crítico negativo, que de la coherencia de una doctrina uniforme. No hace de los problemas sociales parte capital de su programa. Ello, su carácter universitario, y la circunstancia de que buena parte de su elenco provenga de la "oligarquía" y de la revolución de 1930, le enajena muchas simpatías populares. Su actitud ante la contienda europea hace que

estando, la afirmación sin ambages de principios políticos jerárquicos y tradicionales. Jerárquicos, obsérvese bien, y no necesariamente totalitarios, que es cosa distinta cuando no, por lo menos, aquí, en América, justamente la opuesta. Del totalitarismo que los americanos tenemos que precavernos es del democrático.

Pues bien, las nuevas ideas políticas de contenido nacional, que hacen su aparición en torno al año treinta, son las primeras en discernir claramente que, en Hispano-América, la democracia y las instituciones por ella inspiradas implican, traducen, no tanto realidades o necesidades POLÍTICAS, *como hechos* SOCIALES *previos y básicos, falseados por una interpretación política errónea, y cuyos ordenamiento y aprovechamiento efectivos debían orientarse, por lo tanto, en una dirección opuesta al del hecho social originario, de por sí, este último, débil de estructura y con más ganas de disolverse en la anarquía que de configurarse en el orden.*

Tal debiera ser, tal debe ser, el punto de partida de la nueva política nacional que el país, sin esperar a más, necesita, exige.

BALCÓN.

se lo interprete como adoptando partido a favor de quienes resultaron derrotados, y, esa derrota en cierta medida y en cuanto movimiento político, le alcanza.

El movimiento marxista continúa prendiendo en los centros fabriles, desplazándose desde el socialismo hacia el comunismo y el sindicalismo. Subsisten y se agudizan los factores negativos del período anterior.

Es la época del General Justo y del Dr. Pinedo.

F) *1943-1946*: Una revolución cuyo origen e intenciones en quienes la proyectaron constituye una incógnita a despejar sacude la República. No responde a un partido ni a un movimiento ideológico. Carece algún tiempo de cabeza dirigente. Oscila entre una política nacionalista a la que teme y una política radical de la que desconfía. Poco a poco es monopolizada por un hombre cuya personalidad se impone en el conjunto de mediocres que integran los sucesivos elencos de gobierno. Con su singular audacia derriba el Cnel. Perón los obstáculos que sucesivamente aparecieron en su camino. Desplaza el problema político al campo social; ayuda demagógicamente al elemento obrero, con lo que consigue formar ambiente a su favor. Arrastra aquella masa que se siente halagada en sus pasiones, aquella a la que mueven inmediatas urgencias económicas, y también aquella a la que no seduce por convicción o tradición la propaganda marxista-comunista. Conmueve con su presencia inmediata en ambientes que hasta entonces los gobernantes desdeñaban frecuentar. No se complica con ideologías, actúa y promete, halaga y amenaza. Parecé claro que con su victoria en la lucha electoral ejecutará fuertemente un poder personal. Lo acompaña parte del radicalismo con quien tiene de común la cuerda demagógica sentimental. Parte del nacionalismo, que ve en él un probable guardián del resíduo de los valores nacionales y otros grupos dispersos. Se apoya también en gremios y sindicatos controlados por elementos que le son adictos. Contra él se alinearon: a) los políticos profesionales desplazados; b) los resentidos por vejámenes, insultos y procedimientos de la revolución; c) los marxistas, para los cuales su figura es como una diversión dentro del movimiento de la clase obrera; d) las fuerzas vivas, que al manifestarse como tales en el plano de la política ponen de manifiesto dos cosas: 1) que en la lucha política jugaban intereses económicos, y 2) que su subterráneo dominio del ambiente político aparece seriamente amenazado; e) los numerosos instrumentos que responden a los intereses extranjeros y para quienes el orden legal liberal es la mejor cobertura de sus manejos. La unidad de este conglomerado es sólo negativa. Teniendo los "intelectuales" de su lado carece de inteligencia y de real contenido intelectual. Su triunfo hubiera replanteado todos los problemas político-sociales y comprometido quizás definitivamente al futuro de la patria.

JUAN MARTÍN.

EL SANTO ESPIRITU DE LA DISCIPLINA

La disciplina, que en moral es reglamentación de conducta, en materia intelectual significa el rigor de la preparación individual, la lectura y el estudio constantes, la meditación continuada de los principios, en cada especialidad o rama de los conocimientos y de las técnicas humanas. Significa, asimismo, el amojonamiento de los campos de las actividades culturales, que no pueden ser, en un mismo hombre, singularmente diversas.

La poligrafía integral es dada solamente a muy pocos espíritus y si no se sienta y asienta en seria cultura filosófica, no otorga el título de sabio ni imprime las cualidades de la verdadera sabiduría; en general puede desconfiarse de los polígrafos, incluso cuando se llaman Pico de la Mirándola o Marsilio Ficino; la solidez que admiramos en Menéndez y Pelayo es excepcional y de temer una próxima y luego continua revisión de sus valores.

El hombre de cultura cierta y profunda debe sujetarse al círculo concreto de su campo vocacional, que puede ser, por lo demás, muy vasto.

Si existen lecturas y estudios extremadamente variados, ellos deben reducirse pronto y limitarse a los diversos estratos de la formación personal, cuando se desee una concreción formativa.

En efecto, no es posible esperar de un mismo hombre ensayos que sean igualmente valiosos, pongamos por caso, para la química, la estética y la antropología. Creer otra cosa a este respecto es engañarse a sí mismo. En cultura, lo que no es disciplina es engaño.

Hay, empero, comunicaciones aceptables, dentro del rigor de la disciplina principal. La filosofía puede ser terreno común a los más dispares ramos del intelecto. La ciencia de Dios debiera ser la coronación de todos y cada uno de ellos; sin embargo se suele observar que la Teología es estudio reservado a especialistas y la Filosofía es desdeñada por las ciencias de la materia. Lo que está entre aquel Techo y este suelo no puede tomar la forma de columnas hechas de conglomerados muy diversos. Admiramos los profundos conocimientos de Leibnitz en metafísica, en historia religiosa, en teodicea, en matemáticas; poseía ciertamente un entusiasmo enciclopédico por todas las manifestaciones de la cultura y aún quiso, como se sabe, realizar una enciclopedia que, de haberse hecho, hubiera sido muy anterior a la francesa; no obstante, se puede instilar toda su ciencia dentro del vaso que le era verdaderamente propio: el filosófico.

No pueden, pues, desecharse del todo las fugas tangenciales hacia lo que no es afín de la materia propia; y debe aceptarse la idea y hasta la necesidad de los violines de Ingres. Creo, además que el mejor violín de Ingres es el interés activo y vivo hacia todo lo que el hombre produce: porque el verdadero intelectual trabaja especialmente en torno de lo que es su vocación esencial, pero está alerta, está curioso, está espectante de la inteligencia ajena. Yo, particularmente, temo más a la especialización absoluta que es absolutamente parcial, porque se abre sobre el abismo de las mayores ignorancias, desde sus alturas de lo que, por otra parte, nunca termina de saberse bien y que es terreno que se va dividiendo y subdividiendo cada vez más ante los ojos asombrados del técnico especializado, que a la dispersión del hombre múltiple.

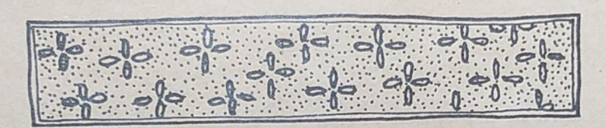
Ha de buscarse, por lo tanto, por el intelectual, una disciplina rigurosa en el ejercicio de la vocación cultural a que Dios le ha llamado individualmente. Pero su cultura ha de ser amplia de concepto, de contenido y de ejercicio, aunque siempre sometida a la escrupulosa severidad de una disciplina que ha de ser verdaderamente tal para no disiparse, y sincera consigo misma y con el medio en que se sostiene.

Así creemos que, en lo que mira al intelecto, lo mismo que lo que se relaciona con la conducta moral, puede anotarse y acotarse el versículo quinto del primer capítulo del Libro de la Sabiduría, que se lee en el texto griego de la siguiente manera:

Porque el Santo Espíritu de la
[disciplina huye del engaño
y se aleja de los pensamientos
[insensatos,
y al sobrevenir la iniquidad se
[aleja.

Claro está que me doy cuenta que el meollo y alimento que tiene este viejo verso sapiencial, helénico en la forma y judío en el espíritu, abunda en otras vitaminas para los sentidos del alma, a más de la que aprovechamos ahora.

TOMÁS DE LARA.



A R B O L E S

I

Alamos de fuego
—tras el confín de un puro invierno,
ya moribundo el verde de la tierra—
cómo aspiráis espíritu, pasivos,
por la dorada música del aire.

II

Sonoridad de bronces
en el combate del otoño,
el sol con vuestra fronda,—
plátanos y encinas.
Y en la pura experiencia de la herida,
cómo cae la carne
entre las ruinas ávidas de lumbre.

III

Copas de bronce,
carne recogida por el toque
de un otoño pacífico de estrellas,
cómo buscáis, oh plátanos, el vuelo
más allá de espumas y de frondas.

IV

Pinos, altos pinos frenéticos
—manantiales de sombra,
ya Véspero desnudo y virgen—,
desde informes abismos excedidos
por el puro espíritu del aire.

CARLOS A. DISANDRO.

UNA CARTA DEL R. P. GARRIGOU-LAGRANGE, O. P.

La carta que publicamos a continuación viene a corroborar claramente la posición que los actuales colaboradores de BALCÓN *—y muy especialmente el Pbro. Dr. Julio Meinvielle en su obra* "DE LAMENNAIS A MARITAIN" *han sostenido acerca de las desviaciones de Jacques Maritain. Por venir de quien viene —el R. P. Garrigou-Lagrange, O. P. es uno de los más altos exponentes del pensamiento católico contemporáneo— y haber estado ese mismo ilustre teólogo estrechamente unido a la vida intelectual de Maritain, el texto que más abajo transcribimos tiene, no escapará al lector, un excepcional alcance.*

La afirmativa referencia a Donoso Cortés y el reconocimiento de que Meinvielle acierta al coincidir con el pensador español en la apreciación del momento actual del mundo, son cosas que dichas por el R. P. Garrigou-Lagrange, O. P. adquieren el sentido de una corroboración magistral.

Respecto a la opinión del R. P. Garrigou-Lagrange, O. P. acerca de la diversa proporción de la desviación de Maritain con respecto a la de Lamennais, no obstante reconocer la identidad de camino que uno y otro han emprendido, el Pbro. Dr. Julio Meinvielle, nos ha manifestado, que sobre ese punto hará un estudio especial en las columnas de BALCÓN. (N. de la R.).

Rome Angelico, 1 Salita del Grillo

DON JULIO MEINVIELLE.

Mon Père,

Votre livre récent m'a été remis par la Secrétaire de Son Eminence le Cardinal Caggiano. J'en ai reçu ensuite un autre exemplaire, ainsi que le Père Suarez Recteur de l'Angelico. Comme lui je vous en remercie bien. Je l'ai parcouru et le lirai plus attentivement.

Je pense que J. M. n'a pas vu jusqu'où certaines de ses concessions pouvaient logiquement conduire, et que bien des événements actuels doivent lui montrer le danger de ces concessions et le lui montreront de plus en plus.

Je vous dirai ce que vous savez déjà: que je souffre depuis 1936 de la différence que je trouve entre les premiers de ses livres (du temps ou nous collaborions en parfaite intelligence) et les derniers parus depuis la révolution qui ensanglanta l'Espagne. Il y a là quelque chose de douloureux, je l'ai dit et écrit à J. M., je l'ai dit aussi à l'excellent M. Tomas Casares quand je suis allé en Argentine en 1938 et je n'ai pas changé de manière de voir depuis lors.

Mais le titre sensationnel de votre livre me parait excessif, car la déviation dont vous parlez est loin d'avoir la proportion de celle de Lamennais, qui se trompa de plus en plus sur la fin même de la vie de l'Eglise, comme si elle devait travailler surtout, non pas pour conduire les hommes a la vie éternelle, *mais pour le* bien être temporel *des peuples qu'il faudrait libérer de toute servitude.*

L'article "Lamennais" du Dict. de Théol. catholique montre bien que ce fut là son erreur principale et J. M. réprouve manifestement cette erreur et n'oublie pas qu'il a écrit "le Primat du spirituel".

Ce que vous citez de moi dans votre dernier livre, je le tiens toujours fermement; je pourrais même le confirmer parce que j'ai lu, ces dernères années, dans les oeuvres admirables de Donoso Cortés, dont l'esprit est très différent de celui des derniers livres de J. M. Donoso C. dans sa lettre de 30 pages au Cardinal Fornari, écrite en 1850, *pour être presentée à Pie IX, dit très justement que lorsque les peuples se sont séparés des principes chrétiens et catholiques et qu'ils ont accepté une legislation athée sur l'école, l'enseignement secondaire et superieure, sur la famille, le divorce, etc. pendant quelques temps le* libéralisme *à la vogue; mais comme il ne conclut rien, ce qui ne suffit pas pour agir, si l'on ne veut revenir aux principes chrétiens et catholiques, on descend au* radicalisme *dans la négation, et par une accélération semblable à celle de la chute des corps, au* socialisme, *puis finalement au* communisme *matérialiste et athée.*

Il a même prévu en 1850, qu' il y aura en Russie un "Empire matérialiste et comuniste colossal, à la tête duquel sera un plébéién de grandeur satanique, l'homme de péché". Il a même ajouté dans un autre discours sur la situation générale de l'Europe à cette époque (vers 1850), que pour résister efficacement il n'y a qu'une force capable: celle de la foi catholique profonde, c'est pourquoi, disait il' l'Allemagne dominée par la Prusse protestante ne pourra pas réagir. Donoso Cortés disait qu'une legislation athée conduit au peuple à la mort comme un cancer que ravage l'organisme; on ne le voit pas à la 1ère et 2.° génération, on le voit à la 5e. par le nombres des incroyants, des athées, des divorces.

Ce que disait Donoso Cortés en 1850, vous le redites aujourd'hui, mon Père, et malheurensement les événements ne vous donnent que trop raison: Je regrette que J. M. ne le voie pas mieux et je souhaite vivement que les événements actuels l'éclairent; il s'est aventuré sur un chemin où Lamennais est allé beaucoup plus loin que lui; ce qui se passe à l'heure actuelle l'éclairera, j'espère, si ce n'est déjà fait.

Il faut prier pour être fidèle au Seigneur, si l'on doit avoir à souffrir pour la foi.

Je vous prie, Mon Père, de dire mon bien religieux souvenir à M. Tomás Casares (dont je viens d'avoir des bonne nouvelles par Monseigneur Barrère) et à ses amis, ainsi qu'a à Monseigneur Franceschi, et à M. l'abbé Derisi.

Je vous prie d'agréer, mon Père, avec mes remerciement, l'expression de mon bien religieux dévouement.

FR. R. GARRIGOU LAGRANGE. O. P.

•

Roma Angélico, 1 salita del Grillo

DON JULIO MEINVIELLE

Padre:

Su reciente libro me ha sido enviado por el Secretario de su Eminencia el Cardenal Caggiano. Luego recibí otro ejemplar, lo mismo que el Padre Suárez, Rector del Angélico. Os agradecemos mucho. Le he recorrido y lo leeré más atentamente. Considero que J. M. no ha visto hasta dónde algunas de sus concesiones podían lógicamente conducir; buena parte de los acontecimientos actuales debieran mostrarle el peligro de estas concesiones y se lo mostrarán de más en más.

Le diré lo que Vd. ya sabe: que desde 1936 es para mí motivo de congoja la diferencia que hallo entre sus primeros libros (los de la época en que colabáramos en perfecto acuerdo) y los últimos aparecidos desde la revolución que ensangrentó a España. Hay en todo esto, algo de doloroso; se lo he dicho y escrito a J. M. y también a mi excelente amigo el Dr. Tomás Casares, en la época en que estuve en Buenos Aires, en 1938. Este parecer no ha variado desde entonces en mí.

Pero el título sensacional de su libro me parece excesivo, pues la desviación de que Vd. habla está lejos de tener el alcance de la de Lamennais, que se equivocó en forma cada vez más extrema acerca del fin mismo de la vida de la Iglesia, ya que sostenía que ésta debía trabajar ante todo, no para conducir a los hombres a la vida *eterna*, sino por el *bienestar temporal* de los pueblos a los cuales convendría libertar de toda forma de servidumbre. El artículo "Lamennais" del *Dict. de Théol. catholique* señala con exactitud que allí radica su error principal, y J. M. reprueba claramente este error y no olvida que ha escrito "Primauté du Spirituel".

Lo mío que Vd. cita en su último libro, lo mantengo siempre con firmeza, y aun podría confirmarlo pues he leído últimamente las admirables obras de Donoso Cortés, cuyo espíritu es muy distinto del de los últimos libros de J. M. Donoso Cortés en su carta de 30 páginas al Cardenal Fornari, escrita en 1850, para ser presentada a Pío IX, dice muy justamente que cuando los pueblos se han separado de los principios cristianos y católicos y cuando han aceptado una legislación atea en la escuela, la enseñanza secundaria y superior, en la familia, el divorcio, etc., durante un tiempo *el liberalismo* goza de aceptación, pero como no conduce a nada, cosa que no basta para obrar, si no se quiere retornar a los principios cristianos y católicos, se precipita en el *radicalismo*, en la negación, y por una aceleración semejante a la caída de los cuerpos, en el *socialismo;* luego, finalmente, en el *comunismo* materialista y ateo. Ha previsto también en 1850, que en Rusia habrá un "Imperio materialista y comunista colosal, a cuya cabeza estará un plebeyo de satánica grandeza, el hombre de pecado". Agrega asimismo en otro discurso sobre la situación general de Europa por esa época (1850) que para resistir eficazmente no existe más que una sola fuerza capaz de hacerlo: la de la fe católica profunda, razón por la cual, dice, Alemania dominada por la Prusia protestante no podrá reaccionar. Donoso Cortés dice que una legislación atea conduce al pueblo a la muerte, como un cáncer que roe el organismo. No se lo advierte en la 1ª ni en la 2ª generación; se lo percibe en la 5ª por el número de incrédulos, de ateos, de divorcios.

Lo que decía Donoso Cortés en 1850, Vd. lo repite ahora, Padre, y desgraciadamente los hechos os dan sobradamente la razón.

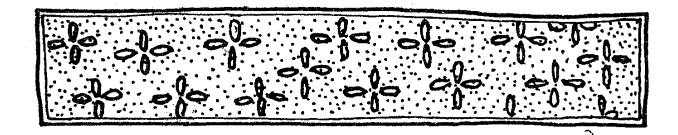
Siento que J. M. no lo vea mejor y deseo vivamente que los acontecimientos actuales lo iluminen; se ha aventurado por un camino en el que Lamennais ha ido mucho más lejos que él; lo que ahora acontece lo esclarecerá, espero, si es que esto no ha ocurrido ya.

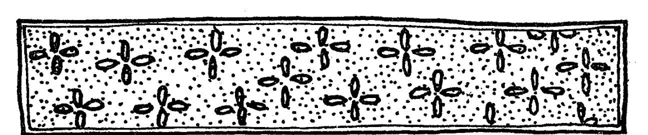
Hay que rogar para permanecer fieles al Señor, caso de que haya que sufrir por la fe.

Le ruego, Padre, haga llegar mi devoto recuerdo a M. T. Casares (de quien tengo buenas noticias por Mons. Barrère) y a sus amigos así como a Mons. Franceschi y al Padre Derisi.

Le ruego acepte con mi agradecimiento la expresión de mi devoto afecto.

FR. R. GARRIGOU LAGRANGE, O. P.





MIRILLA

¿Qué les pasa a nuestros amigos ingleses? El malhumor en Londres crece a medida que avanzan las negociaciones de la misión inglesa que —*¡o tempora!*— se vino volando a estas playas, presidido por un *sir*, sí y nada menos que por Sir Wilfred, de apellido Eady. Antes íbamos nosotros.

Recordamos de él sus respetuosos circunloquios de llegada en los que, para halagarnos, señaló, muy *jus sanguinis*, que le placía regresar a este país donde había nacido. Es pues, como ellos llaman a esa eventualidad imperial, un *anglo argentino*, es decir un ser que conserva, por fuerza del fundamental racismo inglés, la impronta británica que lo diferenciará siempre de sus co-nativos. Para nosotros es don Guillermo, no más, un don Guillermo que no hizo el servicio militar, no sabemos bien por qué y a quién el día menos pensado le podrían pedir cuentas por eso. Confesamos que nos hubiera gustado más un anglo-anglo.

No parece, por otra parte, muy ducho en diplomacias. Nada menos que al frente de esa misión, no se le ocurrió nada mejor que declarar de entrada, —después de confesar el "accidente" de su nacimiento— que le resultaba grato recordar que los dos países mantenían inalterablemente sus relaciones desde "alrededor de hace ciento cuarenta años", lapso que por más vueltas que se le dé y por más benevolencia que se pida a nuestra facultad de restar, recuerda la desdichada fecha de 1806, año fatal para ser recordado por un negociador inglés en la Argentina.

La impenetrable reserva que rodea aquí las deliberaciones de los delegados argentinos, nos fuerza a atisbarlos por la mirilla de los cables procedentes de Londres y de los comentarios a cargo de esos todoexpertísimos periodistas-funcionarios con que cuenta el Imperio. Pero antes veamos el problema, aunque sea, en forma muy esquemática.

Aparte dificultades adyacentes, dependientes de esos mismos problemas, hay tres principalísimos: carne, ferrocarriles y divisas acumuladas en Londres. Los tres, a su vez, tienen el común denominador agravante de la urgencia, ácido para cualquier negociación y dos tienen fecha fija: la carne, el 20 de agosto próximo, día final del prorrogado convenio Roca-Runciman, que fijaba precios sentimentales al sabroso producto, y los ferrocarriles (en cierto modo) el 1º de enero de 1947, en que vence la insólita exención de impuestos a *todo* lo atingente con esa ovina concesión. En los tres, además, por primera vez en la historia, tenemos la iniciativa por la fuerza de las cosas, pues la exportación de carnes era urgente problema y necesidad nuestra cuando no teníamos divisas acumuladas; para hacer pesar el asunto de los ferrocarriles era necesario esperar el inminente término de la ley Mitre, y las famosas y casi dos veces *billonarias* divisas —terminada la guerra— son ya lógicamente empleables por los acreedores y los acreedores somos, esta vez, nosotros.

A través de los telegramas ingleses, redactados en ese tono irritado e irritante de caballero tronado frente a la libreta de la carnicería, se percibe sorpresa y fastidio al tener que *tratar* con quienes antes se les *imponía* soluciones; todo eso mechado con diplomacia financiera y aires de señorío. Así el Daily Express dice que "el general Perón puede dictar los precios de la carne a Gran Bretaña porque ya hace mucho tiempo —*así es: mucho*— que hemos designado a los argentinos nuestros proveedores de carne —*gracias por el nombramiento de carniceros de la Real Corona*—. No pensemos mal del presidente Perón ni de sus métodos rudos en los negocios con Inglaterra. Esto nos pasa (sic) por no haber desarrollado nuestras líneas de abastecimiento dentro mismo del Imperio".

A lo mejor, es por otra cosa. ¿No será porque la Argentina está saliendo del área esterlina, gracias, precisamente, a la *voluntad de ser* que la hizo a Inglaterra ser Gran Bretaña? Talvez. El hecho es que nuestro Río de la Plata está perdiendo su olor de agua colonia inglesa legítimo.

CLEMENTE ESPEJO



DISCURSO DEL ARZOBISPO DE CARDIFF

En la tarde del 3 del corriente se celebró en SAN LORENZO DEL ESCORIAL *(España) el acto solemne de clausura del XIX Congreso Mundial de "Pax Romana" bajo la presidencia de Mons. McGrath, Arzobispo de Cardiff. Aprobadas las conclusiones y después de hacer uso de la palabra los jefes de Delegaciones de los distintos países y destacados miembros de la Acción Católica Española y el obispo auxiliar de Madrid-Alcalá se levantó a hablar el arzobispo de Cardiff, Mons. McGrath quien pronunció el discurso que reproducimos a continuación:*

"Ha sido para mí un gran placer el haber pasado estos días en España, siguiendo los trabajos de "Pax Romana", a pesar de las molestias que me ocasionaba mi mano. Y antes de separarnos quiero decirles:

Primero. Que estoy muy agradecido a todos los españoles que he encontrado en mi camino, de un modo especial al eminentísimo señor Cardenal de Toledo, a los excelentísimos señores obispos de Madrid y su auxiliar y el auxiliar de Valencia; a las autoridades de Salamanca, que tan gentiles estuvieron con nosotros; a los padres agustinos de El Escorial por su generosa hospitalidad, por su agradable compañía y delicadas atenciones.

Segundo. Quiero daros a conocer el gran interés con que la jerarquía de Gales e Inglaterra y los católicos ingleses siguen los problemas de España y daros a los españoles la seguridad de que no sólo os comprendemos y simpatizamos con vosotros y que no os encontráis solos en esta lucha, sino que también pedimos en nuestras oraciones: Que Dios salve a España de las maquinaciones de sus enemigos. Yo puedo aseguraros que hay una solidaridad de fe y de religión entre los católicos ingleses y los españoles, a pesar de las propagandas en contrario que con frecuencia aparecen en la Prensa inglesa. La verdad se va abriendo camino también en Inglaterra, y aun entre los protestantes ya son muchos los que se van dando cuenta de que España, en su guerra contra los rojos, ha salvado a Europa, como lo hizo en otro tiempo en Lepanto. La victoria le costó muy cara, pero conquistó una esplendente corona de miles de mártires que sacrificaron su vida como garantía de un glorioso porvenir.

En realidad, España cumplió su parte como miembro del cuerpo místico de Cristo, y por consiguiente, no debe sorprenderos el que muchos no la comprendan y otros la odien. El gran San Agustín, comentando las palabras de Cristo "Si mundus vos odit...", dice: "Recussat esse in corpore qui odium non vult sustinere cum capite." "El que no quiere sufrir el odio del mundo con Cristo no quiere pertenecer al cuerpo místico de Cristo."

Del futuro glorioso de España estoy seguro, y nosotros los católicos extranjeros, que gozamos de su hospitalidad, se lo deseamos de corazón y le damos las gracias en nombre de todos los católicos del mundo por haber salvado a Europa en circunstancias bien difíciles y sabemos que Dios la premiará por ello.

También debemos dar gracias a Dios por las condiciones satisfactorias en que se desarrolla la juventud española, que es la esperanza del futuro, bajo la guía y gracias, sobre todo, a la ayuda de la Acción Católica. El Congreso de "Pax Romana" ha sido un verdadero éxito. Para mí ha sido un vivísimo placer encontrarme con lo más escogido de la inteligencia católica de cerca de cuarenta naciones y haber trabajado con ellos, primero en la artística Salamanca y después en el histórico Escorial. En este número de personas no podemos olvidar al presidente, Ruiz Jiménez, que con su gran ánimo y maestría nos ha dado un gran ejemplo a los ingleses en nuestra lucha contra el materialismo y la herejía.

Dejo a España con un gran agradecimiento y llevo los mejores recuerdos de mi vida, que me acompañarán siempre. Siento no habido antes mi venida para poder aprender mejor el español, y de esta manera entenderos mejor;

pero aprendí lo bastante para saber que "cuando los intereses de Dios están en peligro siempre se puede contar con España".

Doy gracias a Dios y a Nuestra Señora por todo lo que he visto en este maravilloso país, y a la Jerarquía española y a Ruiz Jiménez por haber sido la causa de mi venida, y nunca me olvidaré de los magníficos católicos que he encontrado en mi visita.

No os quepa duda que dejo parte de mi corazón en España y otra vez pido a Dios y a su Inmaculada Madre que bendiga a esta nación generosa que se sacrificó para salvarnos a todos, y permitirme que termina con un "¡Viva España!".

REUNION DE JUVENTUD

El 16 de agosto próximo se iniciará el congreso de la juventud católica, aquí, en Buenos Aires, caja de resonancia del país para toda aspiración recta o perversa.

Sin otro propósito que el de dar testimonio de la Fe, las reuniones de estudios, peregrinaciones y marchas que se cumplirán en tres días —minuciosamente organizados— han sido concebidos como ACTO DE SERVICIO.

Con aguda visión de la realidad, no sólo de NUESTRA *realidad sino del momento presente y de su* ALTURA, *el boletín informativo del Congreso da las tres razones que han determinado a realizarlo y que glosamos a continuación. Como razones de juventud, son afirmativas y como razones cristianas están fundamentadas en las tres virtudes teologales.*

FE. *Por cuanto la irreligión y* (CORRUPTIO OPTIMI PESSIMA) *un mal entendido catolicismo, están desquiciando todo ordenamiento social,* AFIRMAN *que el fundamento de lo social es la religión de Cristo y la moral católica, alfa y omega del hombre individual y del hombre total.*

ESPERANZA. *Porque se agita esta Patria y el mundo entero entre corrientes que desorientan y envenenan toda convivencia y ocultan el verdadero destino de lo creado,* AFIRMAN *que ese destino está en la Cruz y que sólo por ella podrá lo humano salvarse y orientar su derrotero hacia el oriente de la Patria esencial.*

CARIDAD. *Porque han entrado en fricción los estamentos sociales y la discordia pone su* ARRITMO *de tira y afloje en sus relaciones de personas, partidos y de naciones; porque sobra egoísmo y falta amor al amor,* AFIRMAN *la necesidad de jerarquizar lo social y de dar unidad a la vida y unión de los corazones, mediante la adhesión de todos a la Verdad, que es Cristo.*

Desde estas columnas expresamos el deseo de que los cincuenta mil almas juveniles que formularán esos propósitos, puedan ver cumplido el lema del Congreso y forjar unidos la patria futura.

BALCÓN

DIVISAS Y FERROCARRILES

Durante más de un lustro la Argentina vendió sus productos a países extranjeros, principalmente a Inglaterra y Estados Unidos, con un gran saldo favorable. El resultado ha sido la acumulación de oro y divisas en el exterior, por más de 5.000 millones de pesos, con la correspondiente emisión de moneda papel por el Banco Central y el redescuento de obligaciones en esa institución.

Las perspectivas de un futuro más o menos inmediato son de un mantenimiento o acrecentamiento de esos fondos, aunque se pudiera convertir el producido de la exportación en el abastecimiento de materias primas indispensables, artículos de consumo insustituíbles por la producción nacional, maquinarias y elementos de transporte.

Esto querría decir que ese saldo favorable acumulado, producto del trabajo y de la paz argentinos frente a un mundo trastornado, deben ser utilizados para rescatar para el país la deuda externa del gobierno, así como la propiedad —y con ella el manejo— de los servicios públicos fundamentales (ferrocarriles, electricidad, teléfonos, transportes urbanos). Esa recuperación absolutamente indispensable habría debido realizarse aún a costa de nuestro nivel de vida, porque más importante es nuestra independencia económica (que influye en la independencia política) y la posibilidad de elaborar nuestro futuro, que el bienestar inmediato.

Pero si la perspectiva material de llevar a cabo esa aspiración se presenta tan a la mano, sería inicuo postergarla por consideraciones intrascendentes o prejuicios teóricos.

Se ha difundido la noticia de que el Gobierno argentino propone que el saldo de libras bloqueadas (1.600 millones de pesos) se transforme en un préstamo a Gran Bretaña, por supuesto que a intereses bajos (2 ½ o menos), y fácil amortización. Estos intereses estarán lejos de contrabalancear el fuerte servicio de los capitales ferroviarios (30 millones contr 85) y se perderá la oportunidad de ofrecer esas libras a los dueños de las acciones o debentures de los ferrocarriles. Ese préstamo sería devuelto a largo plazo, en mercaderías, cuando Inglaterra pudiera mandarlas.

Parecería que se desea dar una utilización a esos fondos hoy estériles, sin animarse a darles la finalidad esencial de recuperación económica.

Existe por otro lado un prejuicio teórico que dificultaría el pago liso y llano de ese oro y divisas. Se trasunta en el siguiente párrafo de la declaración oficial aparecida el 16 de julio referente al rescate de la deuda externa:

"Dentro de nuestro régimen "monetario, la utilización de divisas comporta paralelamente "la cancelación de su equivalente en pesos".

Como sería perjudicial para la economía nacional el proceder al retiro de la circulación de los 3.500 millones en billetes, correspondientes al oro y divisas que se utilizarían en la compra de los servicios públicos, se habría deducido la inconveniencia de realizar esta operación fundamental.

Nos preguntamos, qué es más conveniente: ¿la independencia económica o la incolumidad del régimen monetario vigente? ¿Qué importancia puede tener para el porvenir del país y aún para el trabajo y bienestar nacional que la garantía de la moneda sea 161 % ó 43 %, cuando el mínimo autorizado por la ley es 25 %? No porque se disponga del oro y divisas hoy acumuladas, y que lo estarán por muchos años, seremos más felices, comeremos más abundantemente, habrá buenas viviendas para los obreros, mejores servicios sanitarios, mejores medios al servicio de la educación y de la cultura, ni más tranquilidad para cumplir con nuestros deberes religiosos.

Se han iniciado los embarques al país del oro argentino; mejor sería que vinieran en cambio los títulos de propiedad de los factores esenciales de nuestro desarrollo económico. Más garantizará el valor interior de nuestra moneda el sistema ferroviario al servicio de nuestra economía que el oro muerto dentro de las arcas del Banco Central o, en su lugar, los pagarés del gobierno británico. Y no es muy feliz la experiencia de las deudas de la guerra anterior.

EMILIO LLORENS

IZQUIERDISMO

Desde que Descartes concibiera su sueño de la Ciencia única y unívoca, cada especialista, creyendo que el método de *su* ciencia o arte es el método de *la* Ciencia única, se supone con derecho a opinar en cualquier materia.

El Dr. Rojas es un distinguido *médico-legista;* como buen cartesiano (consciente o inconsciente: es lo mismo) se cree con igual autoridad para opinar en *política,* con los resultados que son de suponer...

En la *lamentable discusión,* habida hace días en el seno de nuestro Parlamento (perdónesenos la mayúscula), acerca de quiénes eran más izquierdistas, si los oficialistas o los opositores, el Dr. Rojas sostuvo, en primer lugar, que el izquierdismo no se definía únicamente por la justicia social, sino también por la libertad. Distingamos, Dr. Rojas (el "distinguo" de los escolásticos, que tanto ha hecho reír a las mentes obesas, es condición imprescindible de precisión mental): si por "libertad" se entiende la negación de todo vínculo ontológico de dependencia del ser humano con respecto a su Creador (negación de la condición de creatura del ser humano) y de todo aquello que, en lo social, pudiera ser recuerdo, consecuencia o trasunto de ese vínculo, sí, lo concedemos; pero si por "libertad" se entiende una cierta autonomía del individuo frente a la comunidad, (que es el sentido más común de la palabra "libertad") lo negamos en redondo, pues el izquierdismo, con su socialización total, transforma al individuo en nueva rodaja del engranaje omnímodo del Estado.

Agregó el Dr. Rojas que nuestro gobierno actuaba a veces de un modo que parecía auténticamente izquierdista, como *cuando reanudaba relaciones con Rusia.* Tenemos así el siguiente silogismo: El izquierdismo supone libertad; reanudar relaciones con Rusia es gesto auténticamente izquierdista; *luego Rusia es un país de libertad* (¡!). ¿Es explicable que una persona como el Dr. Rojas, a quien tenemos derecho de no considerar como un tonto ni un *interesado,* pueda sostener *esto:* que Rusia es un país de libertad? ¡Consecuencias tristes de omnubilación producidas por la pasión política y el especialismo estrecho! Recomendamos al Dr. Rojas la lectura del libro del autor *izquierdista* uruguayo Lauro Cruz Goyenola: "Rusia por dentro". Allí podrá encontrar una elocuente visión de la "libertad" en la U. R. S. S.

Luego, el Dr. Rojas negó condición izquierdista a nuestro gobierno (¡qué insulto espantoso!) por haberse opuesto a la representación de cuadros revisteriles burlescos para con las actuales autoridades. Sin alegría no hay izquierdismo, agregó bonitamente el Dr. Rojas (varios millones de ángeles custodios, los de los pobres hombres que quedaron detrás de la "cortina de hierro" que va de Stettin a Trieste, deben haber lanzado ante estas palabras su más angélico gemido de dolor). Recomendamos nuevamente al Dr. Rojas el librito de Goyenola. Allí podrá enterarse de la sana alegría que reina en el paraíso soviético, tanto entre los propios rusos como entre los refugiados (cuyo "refugio" les resultó como el del ratón en la ratonera).

Podemos, además, construir con las palabras del Dr. Rojas un nuevo silogismo: el coartar la libertad de crítica al gobierno en los teatros es antiizquierdista; Rusia es izquierdista; *luego en Rusia hay libertad de crítica al gobierno en los teatros.* Si el Dr. Rojas lo cree así, no tenemos sino que sugerirle el siguiente e interesante experimento: forme Vd., Dr, una compañía teatral y vaya a Rusia a ofrecer representaciones burlescas contra el padrecito Stalin y los suyos. En la otra vida nos contará Vd. lo que le pasó, pues no creo que en ésta tenga Vd. tiempo de hacerlo...

Consejo: Dr. Rojas, vuelva Vd. a su consultorio.

J. A. C.

LAS COSAS Y SU PERSPECTIVA

Cuando contemplamos un paisaje cualquiera tenemos la seguridad de que ese paisaje visto desde otro lugar cambiaría de aspecto; quizás incluso perdería toda armonía, toda belleza, para convertirse en un mero conjunto de cosas. Lo mismo pudiéramos decir respecto de un cuadro si lo invirtiéramos o acercásemos demasiado nuestra vista a la tela; o respecto de un edificio, si por ejemplo dejáramos de mirarlo de frente y desde una distancia adecuada, para mirarlo desde una azotea vecina, etc., etc. Todo esto aplicado al conocimiento de las cosas en general tine mucha importancia y se presta a interesantes reflexiones.

Veamos lo que dentro del símil del paisaje nos dice a este respecto Ortega y Gasset. Se trata de su *Doctrina del punto de vista* enunciada en el *Tema de Nuestro Tiempo*. Dice así:

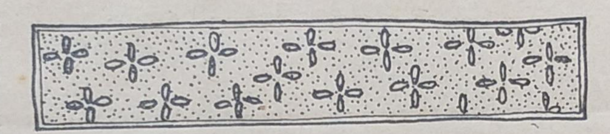
"Desde distintos puntos de vista dos hombres miran el mismo paisaje. Sin embargo no ven lo mismo. La distinta situación hace que el paisaje se organice ante ambos de distinta manera. Lo que para uno ocupa el primer término y acusa con vigor todos sus detalles, para el otro se halla en el último y queda oscuro y borroso. Además, como las cosas puestas unas detrás de otras se ocultan en todo o en parte, cada uno de ellos percibirá porciones del paisaje que al otro no llegan. ¿Tendría sentido que cada cual declarase falso el paisaje ajeno? Evidentemente, no; tan real es el uno como el otro. Pero tampoco tendría sentido que puestos de acuerdo, en vista de no coincidir sus paisajes, los juzgasen ilusorios. Eso supondría que hay un tercer paisaje auténtico, el cual no se halla sometido a las mismas condiciones que los otros dos. Ahora bien, este paisaje arquetipo no existe ni puede existir. La realidad cósmica es tal, que sólo puede ser vista desde una determinada perspectiva. La perspectiva es uno de los componentes de la realidad. Lejos de ser su deformación es su organización. Una realidad que, vista desde cualquier punto, resultase siempre idéntica es un concepto absurdo". Y más adelante agrega: "la realidad, como un paisaje, tiene infinitas perspectivas, todas ellas igualmente verídicas y auténticas".

Como bien puede observarse no se trata aquí de una postura mental que pueda conducir al relativismo o al escepticismo. El hecho de que haya diversos ángulos desde donde considerar la realidad no quiere decir en modo alguno que la realidad sea *relativa* al punto de vista desde la cual se la enfoca, a la manera como si dijéramos que cada uno tiene su realidad o su verdad, o que la *realidad en sí* difiere según el sujeto que la considera. Esto sería tan absurdo como sostener que en definitiva la realidad permanece oculta para todos, y que los diversos criterios de los sujetos que la consideran son pura irrealidad. Lo que sucede simplemente es que entre las notas características del sujeto cognocente hay siempre una que es la *perspectiva*. Esta perspectiva se refiere a la posición del sujeto. Ahora bien esta posición se puede entender de diversas maneras. En efecto, siempre el sujeto cognoscente está inmerso en un ámbito vital del cual se nutre física y espiritualmente; costumbres, ideas, usos, vínculos sociales, etc., etc., son, como dice Ortega realidades con las cuales el hombre se encuentra cuando nace; podrá someterse totalmente a ellas, podrá más o menos rechazarlas, pero nunca podrá prescindir de ellas. Esto hace pues ya que el hombre esté situado en un punto de mira particular en lo que respecta a la consideración de los objetos; la posición de uno será siempre distinta de la de otro; más o menos distinta se entiende según sean también diferentes los ámbitos vitales, en que cada uno se encuentre. Sin embabrgo el hombre no es un resultado de ambiente; más aún, cuanto más civilizado sea, cuanta mayor riqueza espiritual haya en él, más sabrá sobreponerse a cualquier fatalismo del ambiente. La virtud de la inteligencia consiste precisamente en desembarazarse en la medida de lo posible de todo el lastre de elementos subjetivos o circunstanciales que puedan empañar la objetividad del juicio.

Hay otra manera también de entender la posición del sujeto cognoscente respecto del objeto; es decir otro modo de interpretar las diversas perspectivas o puntos de vista en razón de los cuales diversos sujetos consideran la realidad. Ya no se trata aquí de los ámbitos vitales que influen casi naturalmente sobre los sujetos. Nos referimos a esa posición que en forma deliberada adopta un sujeto inteligente acerca del objeto de su consideración. Así por ejemplo cuando el hombre se pone a examinar la realidad según las primeras causas o según los fenómenos empíricos o según las operaciones de los seres, etc., etc. Entonces vemos que aparecen diversos aspectos de la realidad según sea el punto de vista desde el cual se la examine. La realidad sin duda es la misma, pero el sujeto que intenta conocerla necesita enfocarla de distintos modos para poder apreciar todos sus repliegues; la realidad se pone de manifiesto de muy diversas maneras; para conocerla pues hay que ubicarse también según tales maneras.

No ha faltado quien afirme que estas dos interpretaciones del punto de vista sean en el fondo una sola cosa. Es decir entonces que el punto de vista adoptado *naturalmente*, como consecuencia de las características del medio vital en que se mueve el sujeto cognoscente, y el punto de vista que proviene de una actitud deliberada frente a la realidad, —cuando este punto de vista pretende ser exclusivo— responden a una raíz común. Generalmente cuando tal cosa se afirma se pone esa raíz del lado de los elementos circunstanciales y de ambiente, de tal manera entonces que las perspectivas adoptadas deliberadamente por el sujeto dejarían de ser deliberadas. Razonan así por ejemplo quienes sostienen que los diversos sistemas filosóficos —realistas, idealistas, empiristas, etc., etcétera— responden a causas ajenas al individuo que les dió origen, o por lo menos que éste no ha hecho sino *interpretar* lo que hay en su alrededor. Otros sostienen que es menester buscar las causas de las diversas teorías filosóficas en el sentimiento, ya sea en el sentimiento de los propios filósofos, ya —primordialmente— en el del hombre en general puesto que en la subjetividad sentimental humana estarían contenidas en potencia las causas de todas las posiciones ideológicas que luego por diversas circunstancias habrán de actualizarse. Este criterio anti-intelectualista no es malo en la medida que corresponde a un deseo de buscarle raíces vitales a las diversas actitudes del hombre frente a la realidad, pero es pésimo en la medida que no otorga categoría vital más que a lo sentimental, como si la razón no fuese vida. Por reaccionar contra los absurdos del racionalismo se peca aquí en sentido contrario. Sin duda la raíz de todo esto es la vida, tanto de los sistemas filosóficos como de las costumbres, usos, modos sociales, etc.; pero se trata de diversas manifestaciones de vida, y como es natural entonces habría que poner en primer término los modos superiores de vida y luego, en orden descendente, los que le siguen de acuerdo a su categoría. Así entonces vendría en primer término la vida religiosa, luego la vida intelectual, la vida sentimental, etc., etc., con todas las interferencias e interinfluencias que se quiera pero siempre de acuerdo a una jerarquía orgánicamente dada.

De cualquier manera entonces, sea por gravitación del ámbito circunstancial, sea por propia determinación, el hecho es que siempre la realidad es considerada por un sujeto desde un punto de vista determinado, con una determinada perspectiva. Ahora bien, es evidente que el sujeto que considera la realidad no tiene siempre



AL ALGARROBO

Yo que de tu amistad tengo sobradas
Pruebas: Arbol: abuelo de esta tierra,
Siento que el canto que mi pecho encierra
Es dialogar contigo en mis jornadas.

Pasó bajo tus hojas bien labradas
En sol mi vida y cuotidiana guerra,
El amoroso silbo de la sierra
Vino a mi alma en las noches estrelladas.

Yo creí que eras árbol submarino
Que florecías perlas, tal vez almas,
Mientras mi alma sólo era negro vino.

En los soles volví de mi desvelo
Para saber que en estivales calmas,
Eras amplia caricia bajo el cielo.

Gustavo A. Sarría

conciencia del punto de mira en el cual se encuentra. Puede suceder entonces que dos sujetos frente a un mismo objeto al atribuir a éste lo que sus respectivos enfoques le permiten percibir, por carecer de esa noción del punto de vista y de las diversas modulaciones de la realidad, atribuyan a la totalidad del objeto lo que es verdad sólo en cierto sentido y de un determinado aspecto de ese objeto. Así si alguien dijera que el hombre es solamente cuerpo, porque tal es lo que se percibe sensiblemente, o que las estrellas son solamente brillo, o que una sinfonía de Beethoven no es más que un conjunto de vibraciones del aire, etc., etc., veríamos entonces de esta manera erigido en característica o nota fundamental de esos objetos lo que sólo es verdad desde determinado punto de vista y por lo tanto en un limitado aspecto. En tales ejemplos se trataría de una total inversión jerárquica de los diversos grados de ser ya que en último término —y no es el caso de tratar aquí este asunto— hay ciertos principios referentes a la realidad sin los cuales ni es posible razonar, que de hecho llevan implícita ya cierta noción del orden jerárquico de las maneras de ser de la realidad.

Pero lo cierto es que nos encontramos con muy diversas opiniones sobre las cosas; hay diversos sistemas filosóficos, muchos de ellos radicalmente en pugna. Pues bien es aquí, sin hacer mayores consideraciones sobre el particular, donde queremos recordar un principio cartesiano, que despojado, si puede así decirse, de sus notas estrictamente cartesianas y enmaridado con la doctrina orteguiana del punto de vista, puede sr sumamente útil como una norma segura en la vía del conocimiento. Dice Descartes, en efecto, que nunca nos equivocaríamos si no afirmáramos más de lo que nuestro entendimiento nos lo permitiere. Si nos equivocamos —dice— es porque nuestra desordenada voluntad nos lleva impulsivamente a sostener lo que nuestra inteligencia todavía no ha visto. Dejemos de lado esa excesiva confianza en la razón o ese profundo voluntarismo que como dice Zubiri hay, por raro que parezca, en el sistema de Descartes. Relacionemos entonces el principio cartesiano con la doctrina del punto de vista en una glosa que abarque a ambos; este nuevo principio así formado preconizaría no afirmar más de lo que nos lo permite la posición en que estamos colocados, no olvidar en nuestros juicios la perspectiva que nos ofrece nuestro punto de vista. De esa manera, pues, no habrá peligro que generalicemos a todo el objeto lo que sólo pudo predicarse de un aspecto de él. Así, si aquél que decía que el hombre es solamente cuerpo, tomara consciencia del punto de vista en que se halla colocado, vería que efectivamente el hombre es cuerpo, pero no solamente cuerpo ya que hay otros aspectos —más propios sin duda y por lo tanto más esenciales— perceptibles desde otros puntos de vista, como por ejemplo ciertos fines, tales causas eficientes, tales operaciones intelectuales, una naturaleza espiritual, etc. El error consiste pues en el intento de abarcar desde un punto de vista particular —en el ejemplo citado un punto de vista sensible— todo el objeto considerado, la totalidad de sus manifestaciones entitativas.

Multitud de doctrinas erróneas llevan implícito el olvido de ese principio del punto de vista tal como lo hemos enunciado. Recordemos nomás el caso del materialismo histórico, donde se hace extensivo a todo el acontecer histórico lo que es propio de la realidad conómica, o al empirismo, que generaliza a todo el ente lo que sólo puede atribuirse a ciertos aspectos sensibles de la realidad, o al racionalismo más exagerado, que reduce la realidad a esquemas matemáticos, y en fin a tantas doctrinas y teorías en las que nos encontramos con verdades parciales generalizadas, donde se olvida la flexibilidad del entendimiento y las diferentes maneras que el ser tiene de manifestarse.

¿Y qué son en fin las cosas para Dios? ¿Hay un punto de vista que podríamos llamar divino? Oigamos lo que a este respecto dice Ortega: "Dios es también un punto de vista; pero no porque posea un mirador fuera del área humana que le haga ver directamente la realidad universal, como si fuera un viejo racionalista. Dios no es racionalista. Su punto de vista es el de cada uno de nosotros; nuestra verdad parcial es también verdad para Dios. ¡De tal modo es verídica nuestra perspectiva y auténtica nuestra realidad! Sólo que Dios, como dice el catecismo, está en todas partes y por eso goza de todos los puntos de vista, y en su ilimitada vitalidad recoge y armoniza a todos nuestros horizontes."

Creemos sin embargo que se trata aquí de un punto de vista realmente diferente. Dios ve las cosas, por así decirlo, desde un punto de vista distinto del nuestro. En efecto, Dios goza de todos los puntos de vista, pero como resulta que Dios es uno, en Dios pues están unificados o armonizados nuestros puntos de vista parciales. Sin embargo, ninguna unificación o armonización es una suma de partes, ya que estas operaciones requieren cierta unidad previa anterior a las mismas partes unificables o armonizables. El punto de vista divino no resultaría, pues, de la suma de todo los puntos de vista posibles o de nuestros puntos de vista humanos sino que se trataría de un punto de vista especialísimo donde estarían contenidos en forma eminente todos los puntos de vista posibles. La inteligencia divina vendría pues a conocer así todas las cosas en todas sus posibles modulaciones, lo cual es precisamente una nueva y distinta perspectiva. El punto de vista de Dios se diferencia del nuestro en que nuestros puntos de vista son siempre limitados y nos ofrecen limitados aspectos de la realidad, mientras que la perspectiva divina agota todas las perspectivas posibles. Por ello, pues, dice San Pablo: *No hay ninguna criatura invisible a su vista; todas están desnudas y patentes a los ojos de aquel de quien hablamos.*

José María de Estrada

LIBROS

La Inquisición, *por Hoffman Nickerson. Prólogo de Hilaire Belloc.* Traducción de Francisco Manuel Uriburu. Un tomo de 440 páginas. "La Espiga de Oro". Buenos Aires, 1946.

Un escritor estadounidense que se declara "episcopal por educación, como llaman a los anglicanos en América, y por elección miembro de la secta llamada Anglo-Católica de esa comunión" escribe un libro de tema medioeval con prólogo de Belloc.

Y a fe que aquel a quien llama "Maestro de aquellos que desean alabar a la Edad Media en lengua inglesa" ha de haber realizado gustoso la tarea porque Hoffman Nickerson es sin duda un discípulo suyo. Efectivamente, en el curso de la lectura vamos viendo aparecer temas muy caros a Belloc, por ejemplo, su teoría acerca de la caída del Imperio de Occidente y el papel representado por los bárbaros en ese momento histórico.

Nickerson se muestra asimismo discípulo aventajado en la generosa contribución que exige a la geografía histórica para justificar sus conclusiones. A ese respecto es de notar lo conveniente que hubiera resultado agregar en esta edición algunos planos o croquis que facilitasen la lectura del texto, pues en muchas páginas es casi imprescindible tener un mapa a la vista.

Otra de las características más "belloquianas" de la obra que comentamos es el ceñirse con rigor implacable al desarrollo de la serie de hechos que constituyen el objeto de la exposición. "Relación exacta detallada y concreta" dice Belloc que caracteriza al historiador de verdad y en esto, lo repetimos, Nickerson es un buen discípulo aún a costa de la amenidad.

Nos parece que esta escuela, en su reacción contra el falso concepto de la Edad Media que ha predominado en los últimos tiempos sobre todo en los países de habla inglesa —"el excavar bajo la basura" a que hace referencia Belloc en el prólogo— prescinde tal vez demasiado de la consideración de la historia como obra artística.

Todo lo que se refiere a la historia militar es uno de los aspectos más notables del libro que comentamos. La descripción de las campañas de la Cruzada contra los Albigenses está hecha con singular maestría, tanto más notable si se considera la impresión de las fuentes contemporáneas acerca de lo estrictamente militar pues en general sus autores eran personas ajenas a la milicia.

La obra podría titularse, tal vez con más propiedad, "La Cruzada contra los Albigenses" o algo por el estilo, pues de los siete capítulos de que consta solo uno —el VI— trata directamente acerca de la Inquisición, en tanto que la mayor parte del libro está dedicada a estudiar las diversas fases de la Cruzada que tuvo por su más famoso caudillo a Simón de Montfort.

Desde otro punto de vista es de notar que —a pesar de la advertencia de haber procurado evitar toda discusión teológica hecha por el autor en el prólogo— podrían señalarse en el texto algunas afirmaciones discutibles.

En cuanto a la versión castellana, observamos en ella algunas deficiencias en la traducción de nombres propios. Y creemos que esto merece consignarse porque no es raro notarlo en las numerosas traducciones publicadas en los últimos años.

Pero, en definitiva, estos no son sino pequeños lunares en la edición de una obra por cierto interesante, que pone al alcance del público algunos episodios históricos relativamente poco conocidos y sin duda de mucha importancia.

L. M. M. G.